

CUENTO N° 128

TÍTULO: ESPEJISMO EN EL TEMPO

SEUDÓNIMO: AMARANTO

AUTORA: AMELIA IRMA SALINAS ARÉVALO

ESPEJISMOS EN EL TIEMPO.

La vuelta del exilio le era más dolorosa que el desgaje abrupto que lo llevó tan lejos, como a un Ulises ciego frente a lo desconocido. En ese tiempo, con menos años y la fuerza de sus convicciones logró enfrentar lenguas y costumbres diferentes. La llamó la etapa de los desafíos. Pero las batallas en campos extraños son más difíciles. Sólo el recuerdo de los suyos y la tenacidad por el regreso le hacían más llevadero la rutina diaria.

Y, al fin, la vuelta a lo conocido, el añorado regreso. Sabe que nada es igual, ni su país, ni su compañera, ni los hijos. No sabe si tendrá la fuerza para reiniciar esta nueva etapa de su vida con las heridas de un pasado y con un futuro incierto.

Luego del derrumbe social y personal, algo había quedado en pie, su casa, la que construyera para su familia, donde nacieron sus hijos y donde vivió una etapa de feliz sosiego. Ya nadie vive en ella. Los hijos se han casado y la que fue su esposa tiene un nuevo hogar, pero, esa casa, la que tiene raíces será su Ítaca.

Hoy, de nuevo esta frente a esa casona, no como antaño con globos y cintas de colores para inaugurarla. Tendrá que romper telarañas, las reales y las imaginarias, sacudir el polvo que envuelve los recuerdos e intentar otro inicio. Y el Gólgota se inicia. Recorre los cuartos, el suyo, el de sus hijos e imágenes de todas las épocas se agolpan en su memoria. Sus ojos se nublan.

No obstante, ha vuelto y debe desafiar un presente incierto pero real.

De no haber existido ese ofrecimiento de la Universidad para retomar la cátedra que él creara y ejerciera por años, de no sentirse motivado por escuchar de nuevo las voces juveniles enjuiciándolo todo, soñando mundos venideros, esos que también soñó alguna vez, no hubiese vuelto. Pero está aquí, en su escritorio, el tintero sin tinta, lápices de mina, descoloridos secantes y polvo acumulado. Y lo más valioso, los estantes y sus libros, en el mismo sitio donde los ubicara alguna vez. Quizás el polvo, la luz difusa, le parece que ellos también han envejecido. Recrea durante unos instantes los títulos asomados en hileras y cada nombre lo golpea con una imagen, una situación una palabra. Se estremece, arrepentido de haber vuelto, ¿podrá ser capaz de transitar en el pasado?

Por algunos momentos se mantiene inmóvil frente a la estantería. Por fin, coge dos o tres volúmenes, y cómo fue su costumbre, los golpea suavemente sobre la cubierta del escritorio, aventando con suavidad las hojas. La operación lanza también al aire improvisados marcadores que dan vuelta en el aire, felices de esta libertad tardía.

Conoce sus libros, sabe encontrar las páginas donde las necesita, pareciera que lo esperan. Al margen, sus signos, los de la complicidad entre él y el autor.

Sentado frente al escritorio, repasa la lectura en algunas de las páginas marcadas, peculiar diálogo entre el lector y el autor, y tiene la fuerte impresión que esa lectura

nunca fue de ayer, que tales signos los acaba de hacer. La similitud lo confunde, ¿en qué tiempo trazó esos signos? ¿Hoy es también el ayer? Y como ayer, una melodía ininterrumpida le llega desde el living. Son los Beatles repetidos una y otra vez en el tocadiscos y que el hijo adolescente escucha sin cansarse. A veces el ritual se descalabra por la disonancia de platos y servicios que viene desde la cocina, donde la nana da de comer al pequeño. Tampoco falta el portazo estremecedor en la pieza de su hija que tal vez se ha encerrado a llorar un tropiezo amoroso.

Desde otra habitación se desplaza el ruido monocorde de una máquina de coser. Es la esposa afanada en la tarea. Le complace escuchar esos sonidos que marcan la presencia de lo que ama. Sin ellos sería difícil su propia respiración.

¿Quién rompe el espejismo?

Cuando lo despidieron de la Universidad, su primera reacción fue de orgullo e incredulidad. Debía tratarse de un error remediable en el tiempo. Pero el error se mantuvo. Las horas se llenan de interrogantes, lucubraciones y estrategias que le parece que funcionan en las largas vigiliadas pero que en cada amanecer se desvanecen por descabelladas e inútiles. Camina por terreno resbaladizo sin entender aún la razón de los cambios. Sólo encuentra puertas cerradas que su excelente currículum no logran abrir.

Desesperación y angustia. Tenía una familia y adivinaba el desbande. La idea del suicidio se hizo latente pero las voces amigas le recordaron que él nunca había sido un cobarde. Entonces decidió partir tras la búsqueda de la dignidad perdida.

Otras tierras lo acogieron: Francia, España, Italia. Por cierto, no era un tour. Trabajó en mil oficios, ninguno el suyo. Las tareas diarias ahuyentaban los recuerdos, pero las noches tan largas como las distancias, los traían de vuelta y la nostalgia se dejaba caer. Nostalgia de su propio lenguaje, de calles y plazas, de aulas escolares, de los muchachos llenando los pasillos y jardines. Pero por, sobre todo, añoranza de sí mismo, de no ser el que fue, de tibiezas y besos conocidos, de sueños compartidos, de futuros posibles. Sin embargo, allí estaba la fuerza de la vida. Y hay que arañar la nueva tierra. Sembrar e intentar cosechar. Ese nuevo mundo comienza a serlo suyo. Encontró otros seres humanos como él, con idénticas angustias y zozobras. Sólo entonces pudo deshacer las maletas.

Las noticias que llegaban de su país eran poco alentadoras, tampoco el regreso. El calendario cambiaba los años, no así la historia. Otras historias si cambiaron con el tiempo y tuvo que aceptarlas y hasta entenderlas. El matrimonio de su hija, ¿una salida prematura? El éxodo del hijo en busca de futuro, su mujer llenando soledades y vacíos, el pequeño sin mano de padre ayudándolo a caminar. ¿Qué había quedado? Y entonces, en la memoria, lo que tenía raíz, su casa. Decidió que ella debía permanecer, que él volvería un día, aunque fuese antes del final. Tal vez, encontrara allí un motivo para continuar.

La música de los Beatles permanece, como antes, sólo que ahora su audición disminuida distorsiona el sonido, también ahora las rodillas se anquilosan si permanece mucho tiempo sentado y la calvicie se apodera de nuevos espacios. Cambios inevitables, Debía aceptarlos. Lo que nunca pareció normal y aceptable fue el haber sido lanzado sin apelación a ese agujero negro, sin asideros confiables, donde todo podía ser real o falso, donde no existió el consuelo trivial y cotidiano del sonido de la reja al abrirse, de una llave en la puerta cada tarde, porque nunca, durante ese largo tiempo en el exilio tuvo una casa o una reja que abrir.

Él podía entender las causas políticas y sociales del descalabro, las culpas colectivas y particulares: lo que se negaba a entender era que el no irse, podía significar la muerte, como lo fue para otros.

Nunca nadie podría devolverle esos tráfugas involuntarios, el amor de la esposa, la alegría o tristeza de los hijos que crecen, la sonrisa y el beso cotidiano que te calienta el día. No es posible recuperar lo inexistente ni aún en los espejismos de la imaginación. Ese tiempo de vida arrebatado a muchos y algunos ni siquiera conocían causas o motivos.

Se interrumpe el ritmo de los Beatles, el ajetreo culinario desde la cocina, los sollozos adivinados desde el cuarto de la hija y el runrún de la máquina de coser. Es sólo otro espejismo... Ya no hay nadie, hace tiempo no hoy nadie, sólo él en su escritorio.

El dorso de la mano se humedece en sus mejillas y tras unos segundos vuelve a la lectura. Encuentra al fin la frase marcada que ha estado buscando.

Sí, se dice en voz alta, como deseando espantar a los espectros, es una idea excelente. La señaló Terencio, el dramaturgo romano: “Soy humano y nada de lo humano me es ajeno.” Sí, empezaré con ella mi clase de mañana.

////////////////////////////////////